



PEDRO OLALLA, *Palabras del Egeo. El mar, la lengua griega y los albores de la civilización*, Barcelona: Acontilado, 2022, 396 págs. ISBN: 978-84-18370-84-7

No es infrecuente que alguien ajeno en principio al campo profesional de la filología clásica o la historia antigua nos ofrezca una perspectiva nueva, o al menos prometedora, sobre una obra de la literatura clásica, de la filosofía o el arte griegos, o incluso sobre algún aspecto de las lenguas y escrituras antiguas. El especialista hará bien, por tanto, en interesarse de vez en cuando por ese tipo de libros que, precisamente por publicarse en editoriales de amplia difusión, conforman en buena medida la imagen que de la Antigüedad se forma el público culto en un momento determinado de la historia.

El autor se nos presenta, en efecto, como un *outsider*, un heterodoxo, compartiendo además colección con algún que otro ensayista prestigioso que ha tocado temas antiguos, como el brillante Zbigniew Herbert, cuyo *El laberinto junto al mar* apareció en la misma editorial en 2013. El objetivo declarado de Olalla es, a partir de una reflexión personal sobre la lengua griega, ofrecer «un libro sobre las raíces más profundas de la civilización clásica para los verdaderos amantes de Grecia» (texto de contraportada). Y es que, en efecto, la etimología del griego, en un sentido amplio, es la gran protagonista de su estudio; decimos en sentido amplio puesto que, de todos los diccionarios de griego, el más veces citado es nada menos que el *Etymologicum Magnum*, compilado en el siglo XIII.

Es indudable que el tipo de etimología que se practica en una época determinada nos dice mucho sobre la concepción de la lengua y del pensamiento propia de ese tiempo; por ello, la etimología cultivada desde la Antigüedad griega hasta tiempos bastante recientes, pasando por los largos siglos medievales, constituye en sí misma un campo de estudio de enorme interés (como demuestra ahora el excelente volumen de conjunto titulado *Ancient and Medieval Greek Etymology: Theory and Practice I*, ed. A. Zucker & C. Le Feuvre, Berlín-Boston, de Gruyter, 2021). Una de las claves de ese pensamiento etimológico antiguo era la idea de que hay una relación natural, necesaria, entre las palabras y las cosas, lo cual, a su vez, revela una confianza instintiva en las capacidades de la lengua para dar cuenta (λόγον διδόναι) del mundo. Y Olalla, desoyendo el dogma central de la lingüística moderna después de Saussure –es decir, que la relación entre el significante y su significado es arbitraria–, se lanza alegremente a cultivar ese tipo de etimología a la antigua. Por un lado, en el plano más básico de la lengua, atribuyendo propiedades distintivas, “naturales”, a fonemas o sílabas. Por poner solo un par de ejemplos: «si tuviera que aventurar un denominador común a todas las raíces en las que está presente este sonido [κ], te diría que es la idea de lo *duro*» (pág. 243), o «la S parece ser, de veras, la expresión natural del temblor» (pág. 246).

Pero sus especulaciones etimológicas van mucho más allá de esto, y revisten también la modalidad –platónica, medieval– que se complace en explotar cualquier

parecido formal entre palabras o raíces, por leve que sea, para extraer de allí una explicación que se quiere convincente. No aburriré al lector con muchos ejemplos: uno bastará para hacerse una idea de las audacias a las que puede llevar este método. A punto de comerse una ensalada acompañada de unos huevos, la meditación sobre los avatares de esta última palabra (ᾠόν), de la que Hesiquio nos ha transmitido la glosa dialectal ᾠβειον (obvia variante de ᾠφειον), lleva al autor a la siguiente reflexión:

[...] resulta muy probable que el origen de todo esté en la forma de futuro βέομαι –emparentada con βαίω (“avanzar”) y con βεῖω (“vivir”)–, y que el nombre del huevo, procedente de una expresión enfática como “ω-βέομαι” –algo así como “¡voy a vivir!”– encierre, como encierra el propio cascarón, una rotunda afirmación de la vida en potencia. ¿No te parece fascinante? (pág. 258).

Y, siguiendo por esta pendiente, esas mismas glosas de Hesiquio, acompañadas de una idea brumosa sobre la naturaleza de una simple semiconsonante como la *wau* («ese soplo impreciso», pág. 259), llevan a Olalla a ver en los avatares fonéticos del *digamma* una fuente de diversidad; aún más –nos dice–, si ese soplo no hubiera existido en la lengua griega, habría que «preguntarse por la suerte de la lírica, de la tragedia, por la eventual ausencia de cosas como éstas en la cultura griega y en la cultura universal» (pág. 262).

No pretendo hacer burla de las divagaciones y fantasías etimológicas que, en número crecidísimo, se presentan en el libro. Al fin y al cabo, cualquiera tiene derecho a especular sobre lo que le venga en gana; aunque es inevitable sentir cierta inquietud ante la idea de que un libro así caiga en manos de un estudiante o una persona inexperta, interesada de verdad en la etimología y la historia del griego, y se deje impresionar por el prestigio de la editorial o el abundante aparato de notas y bibliografía.

Lo grave del asunto no es, por tanto, que el autor se complazca en estas divagaciones etimológicas, francamente extemporáneas (por ser propias de otra época), acerca de la lengua griega. Lo verdaderamente censurable es que se utilizan, mezcladas con presuntos “datos” procedentes de la mitología, la arqueología o la genética, con el objetivo declarado de apuntalar una argumentación determinada, que podríamos resumir del siguiente modo: la lengua que llamamos griega, indisociable de la cultura del mismo nombre, no pudo venir de fuera de Grecia, como sostiene la lingüística indoeuropea casi al unísono, sino que tuvo que estar allí *ab initio*, y además fue y ha sido el vehículo privilegiado de una antiquísima civilización egea comparable, si no claramente superior, a las del Oriente antiguo, y que ha irradiado durante milenios hacia los cuatro puntos cardinales. *Ex Aegeo lux*.

Entre los presuntos datos que se aducen al respecto, los hay de muy dudoso valor histórico: así, por ejemplo, basarse en la historia de Manetón para dar por segura la existencia de un “Egipto pelaso” anterior al de los faraones (pág. 156), o, siguiendo la pista a algunos extraños descubrimientos recientes, imaginar que los barcos minoicos cruzaban regularmente el Atlántico hasta las costas de Luisiana para desde allí remontar el Misisipi y «llegar, después de ocho semanas, al territorio de los grandes lagos» en busca de minerales (pág. 74). Un capítulo aparte merecerían las consideraciones sobre genética de las poblaciones, que en los últimos años aparecen por doquier y que, en lo que aquí nos atañe, pueden servir lo mismo para apuntalar la teoría clásica de la expansión indoeuropea a partir de las estepas pónticas que

servir para todo lo contrario, es decir, para afirmar sin sombra de duda que «entre el 5000 antes de Cristo y el 400 d.C., no hay entrada de hordas invasoras en el espacio griego» (pág. 139).

El gran obstáculo para aceptar la argumentación de Olalla es, naturalmente, lo que él llama “la teoría del indoeuropeo”, es decir, la hipótesis *kurgánica* revisada, que hoy en día goza de un consenso casi general entre los indoeuropeístas, y que presupone, entre otras cosas, que los hablantes de un dialecto indoeuropeo entraron en Grecia y el Egeo en algún momento en torno al 2000 a.C., o quizá antes, procedentes del norte, trayendo consigo la lengua que más tarde llamaremos ya *griego*. Como era previsible, Olalla centra su atención y sus preferencias en la teoría “anatolia” de C. Renfrew –es decir, que la lengua indoeuropea la trajeron a Europa ya en el VII milenio los primeros agricultores, procedentes de Anatolia–, que permitiría a los “griegos” estar, por así decir, desde siempre en Grecia, con su lengua propia; solo que, como es bien sabido, la teoría de Renfrew, reformulada varias veces desde los años 80, está casi completamente desacreditada desde el punto de vista lingüístico, por un cúmulo de razones que sería largo exponer aquí.

Nada de ello va a amilanar al autor, que, justo es reconocerlo, escribe siempre guiado por un amor inquebrantable a Grecia y a su lengua. Solo que hay amores que matan ... el entendimiento. Sea o no consciente de ello, parece guiar al autor una idea un tanto narcisista que está en la base de todos los nacionalismos y esencialismos: la de que lo nuestro, lo de aquí, no ha podido venir de fuera; o, dicho de forma más diplomática, lo que Olalla llama una y otra vez «la teoría de lo autóctono» (pág. 137, etc.). Léanse en este sentido sus consideraciones sobre palabras como πόντος o ἄλς, que de ningún modo habrían podido llegar de fuera de Grecia, puesto que designan realidades tan definitorias del mundo egeo como lo es el propio mar (págs. 226-229). En todo caso, es llamativo, incluso divertido, constatar cómo las cuestiones relacionadas con los orígenes indoeuropeos, a pesar del abismo temporal que nos separa de ellos, siguen suscitando reacciones un tanto viscerales, irracionales, en distintos lugares del mundo, y por razones diversas.

En mi opinión, el error principal del libro radica en asumir sin más el dogma –muy querido de casi todos los nacionalismos– de que la lengua y la cultura son inseparables, «siempre van unidas» (pág. 212). Ese principio indiscutido es el que le impide a Olalla argumentar debidamente una intuición que seguramente es cierta, a saber, la de que ha habido «una continua gestación de una misma civilización milenaria en este espacio marítimo y terrestre que llamamos *griego*» (pág. 137). Y es que para defender de forma convincente esa idea es imprescindible hacerse cargo de que la lengua y la cultura (y sus subsistemas) son entidades de naturaleza distinta, y que por tanto hay que categorizar y tratar como tales. En una lengua natural, el elemento definitorio de su identidad es su gramática, es decir, su fonología y morfosintaxis, asimiladas a edad muy temprana y manejadas por los hablantes de forma básicamente *preconsciente*, y que además cambian muy lentamente a lo largo de los siglos (y, por lo dicho, sin la intervención deliberada de sus hablantes); mientras que el vocabulario, especialmente aquel que tiene un mayor peso semántico –que es el que hace posible productos culturales como la religión, la ciencia, la filosofía, etc.–, constituye una capa en cierto modo externa a ese núcleo duro gramatical, y como tal es susceptible de sufrir la influencia de otras lenguas, vecinas o lejanas, vivas o no, y a veces de forma masiva.

Por contraste, la cultura pertenece al orden de la actividad humana consciente, al menos en su mayor parte, y lo mismo cabe decir de subsistemas culturales como la religión-mitología, las artes, el pensamiento político, etc. Por lo mismo, ninguna cultura, presente o pasada, tiene una identidad precisa, netamente delimitada; además, a diferencia de lo que sucede con la gramática, en un orden cultural se pueden introducir cambios drásticos, muy rápidos, de forma voluntaria (por ejemplo, cuando el monoteísmo sobrevenido condena a todas las divinidades previamente aceptadas a la categoría de demonios, o cuando una revuelta o revolución trae consigo un radical cambio de régimen y el lenguaje político –es decir, semántico– cambia también bruscamente, casi de la noche a la mañana). Pero todo esto son obviedades para un filólogo.

Tiene sin duda razón Olalla en que la antigua cultura griega, lo que él llama con deliberada vaguedad «lo griego», es el resultado de la brillante síntesis lograda *in situ* a partir de muchos ingredientes diversos, y entre ellos, desde luego, los anti-*qu*ísimos usos culturales propios del ámbito egeo, al menos desde la llegada de los primeros agricultores procedentes de Anatolia en el VII milenio a.C. En efecto, ¿con qué criterios podríamos excluir de ese legado cultural griego las viejas técnicas de la navegación, la escultura cicládica, la arquitectura y la pintura minoicas, los alimentos como el vino o el aceite, los ritmos vitales y otras muchas cosas igualmente inmateriales, propias todas ellas del mundo egeo pre-micénico? Pero, del mismo modo que sería totalmente equivocado concebir la cultura griega como una mera importación foránea, algo venido en esencia de fuera del Egeo para ocupar un vacío previo, no es menos erróneo, apoyado en la ya mentada confusión entre lengua y cultura, y manipulando a su antojo la etimología, empeñarse en negar que el sistema gramatical de la lengua griega, indudablemente indoeuropeo, llegó traído por sus hablantes desde tierras al norte de la Grecia actual (pues la teoría *kurgánica*, aun con todas las incertidumbres inevitables en un asunto como este, es, como ya se ha dicho, la única que puede proporcionar una explicación cabal, incluso desde un punto de vista puramente geográfico, para la expansión prehistórica de todas las lenguas que llamamos indoeuropeas por Eurasia).

Los esencialismos culturales constituyen siempre, por su mismo apriorismo, un callejón sin salida; y nada hay, en definitiva, de extraño en que una cultura gestada y florecida en un ámbito geográfico determinado se exprese en una lengua cuyas bases –su identidad gramatical– tomaron forma, mucho tiempo atrás, en una zona muy alejada del mundo (y el hablante de español tiene numerosos ejemplos a la mano, sobre todo en el ancho mundo americano).

Jorge BERGUA CAVERO
Universidad de Málaga
bergua@uma.es